




La Novela Americana Cinematografica



Núm. 28

30 cts.

Sangre india

por
Tim Mac Coy
y
Marian Douglas

**LA NOVELA AMERICANA
CINEMATOGRAFICA**

Publicación semanal

Francisco - Mario Bistagne

Director

AÑO I

Núm. 28

SIoux BLOOD 1929

Sangre india

Emocionante asunto,
interpretado por

Tim Mac Coy, Robert Frazer
y Marian Douglas

Producción

Metro Goldwyn-Mayer

Distribuida por

Metro Goldwyn-Mayer

Ibérica, S. A.


Mallorca, 220

BARCELONA

Postal-regalo: **RUTH TAYLOR**

Ediciones **BISTAGNE**

Pasaje de la Paz, 10 bis. - Barcelona



Sangre india

Argumento de la película

En la segunda mitad del pasado siglo habitaba en un solitario paraje del valle de Bitter Root, Estado de Montana, un joven matrimonio, constituyendo su hogar una a modo de avanzada de la civilización en aquellas tierras, aun no dominadas del todo por la raza blanca.

Fruto de aquella unión eran sus dos hijos, Jim y Fred, niños todavía.

Una mañana, viéndoles jugar ante la casa, desde una ventana, hízole advertir a su esposa el jefe de aquella familia:

—Mira a nuestros hijos cómo se aman; cuando sean hombres ellos se apoyarán entre sí para defenderse mutuamente.

Y mostraba a los dos niños, que reían alegremente y se abrazaban con cariño mientras jugaban.

Fred, el menor, habíase desnudado el torso y sobre su pecho y en las mejillas llevaba pintados unos trazos oscuros, como los tatuajes de los indios, cubriendo su cabeza con un frondoso penacho de plumas al modo de los sioux. }

—Tú eres el jefe de los indios sublevados, Fred—advertíale Jim a su hermano. Y luego, irguiéndose con majestuoso continente, proclamaba—: Y yo soy el de los blancos, Jim Boon, terror de los indios de la pradera. Por lo tanto, tu deber es esconderte en lugar que yo ignore y acecharme, como hacen los indios, mientras yo, como es obligación en mi papel de batidor valeroso, debo salir en tu busca para prenderte y evitar tus atroces fechorías de hombre rojo.

Convenido así, el pequeño Fred alejóse de la casa para buscar escondrijo en la espesura de los matorrales que circundaban la hacienda.

Jim esperó durante un rato para dar lugar a que *su enemigo* se ocultara convenientemente. Cuando hubo calculado como suficiente el tiempo transcurrido emprendió la persecución de su adversario.

Contuvo un grito de alegría para no delatarse al ver cómo emergían por encima de unos arbustos las plumas cimeras de su penacho de guerra.

Seguro de su presa, avanzó con cautela y, empuñando un fingido revólver, conminó, solemne, al enemigo a que se rindiera con estas palabras:

—¡Sal de ahí, indio salvaje! ¡Eres mi prisionero!

El casco de plumas se dejó entonces ver en toda su integridad, coronando la frente de un

gigantesco sioux, de faz horripilante, bárbaramente tatuada.

El estupor y el miedo que tan inesperada como temible aparición causó al pequeño Jim sólo duraron un instante, el necesario para comprender que de su indecisión dependía su vida y la de sus padres, felizmente confiados en el interior de su vivienda.

Rápido, emprendió la fuga, en el preciso instante en que el piel roja iba a abalanzarse sobre él con un salto de felina agilidad.

Llegó jadeante a su casa.

Su madre recibióle desasosegada, viéndole llegar de aquella forma.

—¡Mamá... mamá, indios en nuestras tierras! —balbució el niño.

Había acudido también el padre al advertir la extraña llegada de Jim, y ante la declaración, tomó una enérgica resolución.

—No hay tiempo que perder—dijo—. Nosotros, solos, no nos bastaríamos para la defensa. Es necesario que vayas inmediatamente en busca de refuerzos, Jim, al próximo fuerte.

Y advirtiendo la ausencia de su otro hijo, preguntó a Jim:

—¿Y Fred? ¿Dónde está Fred?

—Debió quedar en el bosque... papá; es preciso salvarlo.

El zumbido lúgubre de una flecha advirtiéndoles la inminencia del peligro.

Entonces, el padre corrió con Jim hacia la cuadra y pocos momentos después el niño partía veloz a lomos del caballo de su padre en busca de socorro.

El matrimonio Boon parapetóse tras las ven-

tanás de la vivienda, dispuesto a resistir hasta el último momento.

La mujer, arrasándosele los ojos de lágrimas, exclamó:

—Nosotros, quizá logremos salir victoriosos, pero ¿y nuestro Fred? ¿Qué suerte le habrá cabido a nuestro hijo, abandonado en el bosque?

También al padre le torturaba el recuerdo del hijo que quizá en aquellos instantes sería prisionero de los indios; pero, sobreponiéndose a su dolor, prodigóle breves palabras de consuelo a su esposa, haciéndole creer que el niño no corría peligro alguno oculto en el bosque.

Los indios comenzaron el ataque a la finca. Flechas y balas iban a clavarse en las paredes de madera de la casa.

Los esposos Boon empezaron su defensa.

Y pronto el rifle del rancho había hecho más de un blanco. Mas los indios ya contaban con esta resistencia, que no les amedrentó en lo más mínimo, y continuaban el avance hacia la mal defendida casita.

Mientras tanto, no muy lejos del lugar en que transcurría la lucha, el niño Fred había sido descubierto por los indios, agazapado entre las altas hierbas e inmovilizado por el terror.

Ya una mano cobarde, esgrimiendo un enorme cuchillo, iba a deplomarse sobre el cuerpo de la infeliz criatura, cuando una voz autoritaria detuvo su impulso.

—¡Déjeme el guerrero rojo al hijo del hombre blanco, que el Lobo le enseñará a este cachorro a odiar a los hombres blancos y él vendrá a nuestros muertos!

El que así hablaba era un jefe guerrero entrado en años, cuya cabeza prestigiaba un hermoso airón de plumas que proclamaba su suprema autoridad sobre los hombres de su tribu.

El viejo Lobo cogió entre sus brazos a Fred, que se debatía inútilmente, y lo entregó a sus guerreros, con orden de conducirlo, sin daño alguno, al campamento.

La vocecita del niño perdiase en una estéril llamada:

—¡Papá... papá! ¡Mamá!...

Pero ya nunca sus padres podrían oírle.

Los sioux habían prendido fuego a la casa y sus defensores habían caído, al fin, víctimas de las flechas indias.

Cuando Jim llegó con los refuerzos solicitados, la hacienda de sus padres sólo era un montón de maderos carbonizados y unos campos devastados por la saña india.

Entre las ruinas de la vivienda fueron hallados los cadáveres del matrimonio Boon.

Jim precipitóse sobre los cuerpos inánimes de sus padres, desolado. De pronto, el recuerdo de su hermanito le asaltó.

—¡Mi hermano Fred ha quedado en el bosque! ¡Corred en su busca, por favor!

Mas toda pesquisa fué inútil.

Entonces, Jim, sobreponiéndose a su dolor, con una enteréza y un coraje sublimes, juró sobre los cadáveres de sus padres:

—¡Cuando sea hombre he de vengar a los míos con toda la sangre india que puedan derramar mis manos!

Transcurrieron muchos años.

Fiel a su promesa, Jim Boon llegó a ser el terror de todos los indios, contra los cuales había combatido desde su primera juventud.

Entre los hombres de la pradera era considerado el más valiente y audaz, y siempre era acatado como jefe en las razzias que se organizaban contra los pieles rojas cuando éstos olvidaban las promesas de sumisión que a los hombres blancos hacían de continuo.

A modo de escudero servía a Jim un sujeto de cómico aspecto. De creer al interesado, no existía en toda la pradera otro hombre más valeroso que Jones—éste era su apellido—. Y la relación de sus fantásticas proezas era la diversión de los cow-boys, cuando por las noches reuníanse a calentar sus cuerpos alrededor del fuego de los vivacs.

Jones tenía un caballo que era una verdadera calamidad, un desprestigio para un hombre tan valeroso como él.

No es que el animal presentase mala estampa ni estuviese enfermo, sino que parecía poseer un espíritu de contradicción que le hacía ejecutar todas las órdenes que se le daban al revés, lo cual motivaba una cómica indignación en Jones.

Y así, cuando se trataba de avanzar hacia el enemigo, el caballo de Jones se hacía el remolón y se tendía cómodamente sobre la hierba, siendo inútiles todos los ruegos y amenazas de

su jinete, quien jamás llegaba, ni aun en los momentos de mayor tozudez de su cabalgadura, a golpearle.

—¡Ah! Pero cómo volaba, en cambio, cuando eran los indios los que venían atizando detrás de la tropa de hombres blancos. Ningún obstáculo existía entonces para él. ¡Aquí hubiese querido Jones ver a los más postineros "pur sang"! De seguro que ninguno de esos cacareados ganadores de los "grand prix" hípicas aventajaba a su caballito. ¡Era mucho caballo aquel, en estas ocasiones!

Claro está que esta última apreciación se guardaba mucho de hacerla en voz alta.

Ante la gente, todo se le volvía quejarse con grandes aspavientos de la conducta, francamente inmoral, de su caballo ante el peligro, pero sus oyentes ya sabían a qué atenerse respecto a las quejas de Jones, que acogían con francas risotadas, pues todos conocían el aprendizaje al que había sometido al animal para que realizase aquellas arbitrariedades, que el jocoso jinete se esforzaba en demostrar como espontáneas en su cabalgadura para que no se dudase de su valor.

No era un león, precisamente, pero cuando, embarcado en cualquiera de aquellas aventuras en que su servidumbre a Jim Boon le arrastraba, procuraba, en medio del zafarrancho, librarse lo mejor posible y sacando siempre de los combates la mejor parte.

¡Y eran tan frecuentes las peleas de Jim con los indios!...

A la sazón, preocupaba a Jim Boon la captura de un jefe indio, conocido con el nombre de Aguila Solitaria, temible sioux cuyas haza-

ñas tenían atemorizados a todos los moradores de raza blanca de la comarca.

El odio feroz que a las caras pálidas mostraba Aguila Solitaria habíale sido inculcado desde muy niño por su padre adoptivo: el viejo jefe El Lobo. Aguila Solitaria, sin embargo, no pertenecía a la raza india. Una mañana, ya muy lejana, los guerreros indios habían vuelto de una *razzia*, trayendo entre ellos un niño de poca edad, que El Lobo había hecho prisionero. Desde aquel momento, el niño vivió como un piel roja y como un piel roja educóle El Lobo, procurando borrar de su memoria los recuerdos de su vida anterior e infiltrando en su espíritu infantil un aborrecimiento mortal a los usurpadores de la tierra india.

Al crecer, Aguila Solitaria hízose famoso entre los de su tribu por su valor y su saña en la lucha con las caras pálidas. Los recuerdos de sus primeros años habíanse adormecido en su memoria: era en cuerpo y alma un guerrero sioux y, como tal, sólo para el exterminio vivía. Del pequeño Fred Boon no quedaba la menos resonancia en el espíritu de Aguila Solitaria.

Y ahora, su ambición máxima era poder llegar a lucir en su cinto la cabellera de Jim, el Pálido.

* * *

Habló El Lobo:

—Aguila Solitaria, son ya muchos los blancos que han caído bajo el peso de tu "tomahawk", pero aun no has podido acabar con el peor enemigo de nuestra raza, con Jim, el Pálido.

Los ojos del joven guerrero chispearon de rencoroso odio.

Fué a hablar, pero un ademán de El Lobo le contuvo.

—El padre Lobo tiene que hablar todavía. ¿Es que el ímpetu de Aguila Solitaria se ha ablandado de tal manera que le atemoriza pensar en enfrentarse con un cara pálida? Las "squaws" de la tribu acogerán entre ellas a Aguila Solitaria como una igual si el guerrero renuncia a pelear.

Sólo siendo quien era el que así hablaba podía Aguila Solitaria tolerar el insulto. La consideración de que aquél era su padre contuvo su cuchillo.

Bajó la cabeza anonadado, para alzarla un momento después con fiera altivez.

—Jim, el Pálido, morirá a mis manos para vengar a todos nuestros muertos.

Y montando en su caballo, seguido de unos cuantos jinetes, abandonó veloz el poblado, en busca de los hombres blancos para saciar en su muerte su odio inextinguible.

* * *

Un carruaje, tirado por veloces caballos y escoltado por dos jinetes, se deslizaba por las llanuras cercanas a Spirit Lake, con rumbo a la pequeña factoría de este nombre.

En su interior iba un solo pasajero: una joven rubia, de radiante hermosura, que contemplaba extasiada el espléndido panorama que transcurría ante sus ojos.

El coche corría por la pradera, procurando evitar la proximidad de los grandes matorrales y de las rocas gigantescas que, a veces, se alzaban en medio de la llanura, más por la costumbre del conductor del vehículo de llevar éste a campo abierto para evitar cualquier sorpresa que porque fuera presumible un ataque, por parte de los indios o de los bandidos de la pradera, en aquellos lugares.

Ya la relativa proximidad del pueblo aumentaba la confianza de los viajeros y alegraba sus rostros con una sonrisa, cuando el lejano galopar de unos caballos hizoles ponerse en guardia.

¡Horror! Los salvajes sioux lanzaban sus caballos a todo correr sobre el coche.

El conductor fustigó bárbaramente al tiro del carruaje, que emprendió una carrera loca, desenfrenada, tratando de salvar de este modo la gran distancia que todavía les separaba del punto a que se encaminaban.

Mas los caballos de los pieles rojas eran resistentes y se hallaban avezados a estas persecuciones, de manera tal, que el carruaje fué perdiendo distancia de sus perseguidores.

La joven viajera hallábase atemorizada ante aquella fantástica huída, que no acertaba a explicarse; mas el estampido de un disparo de arma de fuego hizo la comprender, en toda su gravedad, lo que ocurría.

El coche corría más y más...

Los indios, irritados por esta débil resistencia a rendirse que oponían sus perseguidos, habían comenzado a atacar con sus rifles y flechas.

La manguada escolta del carruaje respondió a los disparos de los sioux.

Un tiro alcanzó en la cabeza al conductor, que se desplomó a tierra, mortalmente herido. Los dos jinetes no tardaron en sufrir la misma suerte.

Los caballos, libres del freno, se desbocaron y el coche rodaba, dando tumbos por la llanura.

De entre la tropa de los salvajes adelantó un jinete, vestido con blanco traje de cuero, bellamente adornado, que a los pocos momentos daba alcance al vehículo.

Dando un salto de felina elasticidad colocóse de pie en el estribo del carruaje.

En su diestra brillaba un cuchillo con fulgor homicida, con un fulgor sólo comparable al que despedían los ojos del sioux.

Ante aquella inesperada aparición, la joven dió un grito de terror y se cubrió el rostro instintivamente con una mano.

Pero la temida agresión no se produjo.

Aguila Solitaria había quedado estupefacto, maravillado con la hermosura de la mujer blanca, la primera bella joven blanca que veía en su vida.

Con voz entrecortada por la emoción díjole a la bella viajera, a tiempo que introducía su cuchillo en el cinto:

—¡Flor de la Pradera no debe temerme! ¡El jefe sioux no quiere hacer daño a Flor de la Pradera!

La muchacha, tranquilizada por estas palabras, pero no repuesta de su asombro, contempló un momento, sólo un momento, al apuesto guerrero indio.

Sonaron varias descargas de rifle y el sioux, al oírlas, abandonó precipitadamente el coche para saltar con la misma destreza de antes sobre su caballo, al que oprimió sañudamente con sus talones en los ijares, emprendiendo rapidísima huída.

Vió la joven dispersarse vertiginosamente a toda la tropa india y, momentos después, acercarse un jinete, que la cogió por la cintura, arrebatándola, al galopar de su hermoso caballo blanco, del interior de aquel coche endemoniado que corría loca, desenfrenadamente.

¡Ya era tiempo! Algunos pasos más allá volcaba con gran estrépito, deshaciéndose en mil astillas.

Descabalaron poco después.

La muchacha, no repuesta aún del todo de las emociones sufridas, dió las gracias a su salvador.

Era éste un hombre joven, que vestía el traje de cuero llevado usualmente por los cazadores y batidores de la pradera. Al hablar, sonreía, con sonrisa franca, que captó la simpatía de la joven.

—No ha debido usted pasar un rato muy agradable dentro del infernal cochecito ese, ¿verdad? Pero ahora, en castigo a haber hecho padecer tanto a una mujercita tan linda como usted, vea lo qué le ha sucedido: ahí lo tiene hecho añicos.

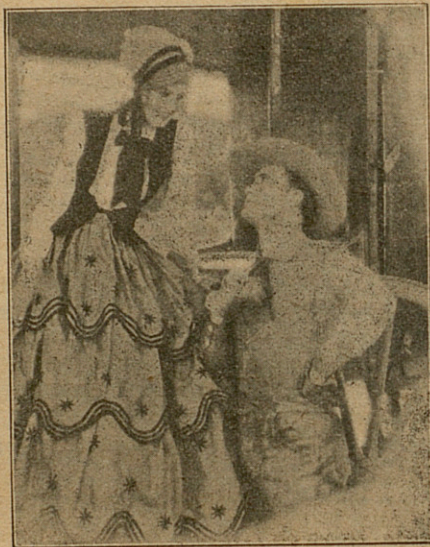
La joven sonreía, halagada por las palabras de su libertador.

—Lo peor es—continuó éste—que va usted a tener que seguir lo que le reste de camino a caballo, pues por estos parajes es difícil hallar

un vehículo digno de su persona. ¿Se halla muy lejos el lugar a donde se encamina?

—Iba a Spirit Lake, donde tiene mi padre una factoría, a orillas del lago.

—¡Ah, caramba! Entonces usted es hija...



La jovencita sonreía...

—De Miles Sugram; ¿le conoce usted?

—Somos antiguos amigos, por lo cual me place doblemente haberla conocido y poderle ser útil en esta ocasión, señorita...

—Bárbara; me llamo Bárbara Sugram y vengo

a quedarme al lado de mi padre, quizá por mucho tiempo. Espero que seremos buenos camaradas.

—Indudablemente, señorita. Y ahora, si usted no tiene inconveniente, la conduciré en mi caballo a la hacienda de su padre.

—Permítame antes—rogó ella—que vaya a recoger mi maleta, que ha quedado en el camino, despedida por la violencia de la carrera.

—¡Oh, no es necesario! Mi caballo se encargará de traérsela.

Y, dando un silbido, llamó al animal, al que indicó el sitio en que se hallaba la maleta.

Ya regresaba con ella, cogida entre los dientes, cuando la tapa se abrió y cayeron al suelo varias prendas interiores femeninas.

El hombre apresuróse a recogerlas, mas una de aquellas piezas de finísima tela se desenvolvió y quedó mostrando entre sus manos unos pantalones de mujer, cuajados materialmente de volantes.

Rieron ambos el gracioso incidente, y como se les reunieran varios hombres de los que habían tomado parte en el ataque a los indios, decidieron emprender la marcha en dirección al Spirit Lake.

Los heridos habían sido recogidos y uno de ellos declaró:

—¡Han sido Aguila Solitaria y sus indios quienes nos han atacado!

Por el semblante del Libertador de la joven cruzó una ráfaga de odio.

—¡No he de descansar hasta acabar con ese maldito piel roja!—exclamó.

Al llegar a la factoría salió a recibirlos un

hombre de unos cincuenta años de edad, de rostro franco y simpático, entre cuyos brazos estrechó a la linda joven cariñosamente.

Pasados aquellos transportes de alegría a que se entregaron padre e hija, aquél, dirigiéndose al hombre que acompañaba a la muchacha, le estrechó afectuosamente la diestra.

—¿Qué hay, Jim?—le dijo a manera de saludo—. ¿Todavía matando indios?

—Como siempre, amigo Miles. Ya sabe usted que mi rencor hacia ellos no se extinguirá jamás.

—Papá—intervino Bárbara—, da las gracias a este señor. Sin su ayuda, los indios me hubieran hecho prisionera.

Jim Boon agradeció con una profunda mirada las palabras de la joven, de cuya belleza habíase prendado apasionadamente.

* * *

El regreso de Aguila Solitaria a su campamento había sido triste y silencioso.

Todos se admiraban de no ver en el cinturón del caudillo ninguna cabellera de hombre pálido.

El Lobo, sobre todo, le miraba inquisitivamente. Sus pupilas aceradas clavábanse en las del joven guerrero, que vióse obligado a apartar la vista de aquellos ojillos de ofidio.

—Has atacado un coche, Aguila Solitaria, pero tu cuchillo está limpio. ¿No había en el coche caras pálidas o es que el color de la sangre repugna ahora al Aguila Solitaria?

¡Oh, las palabras del viejo Lobo cómo torturaban el alma del joven caudillo!

Su cuchillo estaba limpio, era verdad. A él no le amedrentaba el color de la sangre; pero jamás hubiera teñido su hoja brillante con la de aquella divina mujer, cuya belleza, como una extraña visión, le había fascinado.

Pudo justificarse ante El Lobo con la intervención inesperada de Jim Boon.

—¡Una vez más, Jim, el Pálido, nos ha hecho fracasar!

Las mandíbulas del anciano cacique crujieron de rabia.

Aquel Jim era el azote de los de su raza. Bajo el golpe de su cuchillo o sus certeros balazos habían sucumbido gran número de guerreros sioux.

Una idea diabólica cruzó por la mente de El Lobo.

—Ese blanco no te ha visto nunca. Ve al campamento como amigo y arráncale la vida.

Y sonrió ante la perspectiva de ver vencido a su enemigo, no importaba por qué medios.

A Aguila Solitaria le repugnaba la idea de cometer un asesinato y no dió oído a los consejos de El Lobo.

Pero a los pocos días presentóse en el campamento de los hombres blancos, junto al gran lago del Espíritu.

Le llevaban, no obstante, otras intenciones que las que El Lobo habíale propuesto.

De su imaginación no se borraba la visión encantadora que sorprendiera en el interior del coche atacado días antes. La figura de aquella mujer le obsesionaba y haría todo lo imaginable por hacerla suya.

Como uno de tantos indios que iban a ofrecer

sus mercaderías, presentóse en la factoría, en donde por nadie era conocido.

Vió a Bárbara junto a la casa, riendo las excentricidades de Jones y su caballo, que hacían una exhibición de sus facultades en honor de la linda hija de Miles Sugram.

Junto a la muchacha se hallaba su odiado rival, Jim, el Pálido.

Tres días hacía que Jim llegara a la factoría del Spirit Lake acompañando a Bárbara y todavía no daba muestras de querer marcharse, cosa inexplicable en él, que no permanecía más de una jornada en un mismo lugar.

El marrullero Jones, sin embargo, sospechaba que no era ajena a esta detención la señorita Sugram, pues en más de una ocasión había visto a su amigo dirigirle furtivas miradas amorosas.

¡Jim estaba enamorado!

Esto era un feliz presagio para Jones, que ya veía a su patrón casado y engordando, olvidado de correr tras los indios para perforarles la piel. Y él se veía asimismo junto al fuego del hogar, fumando y bostezando plácidamente. ¡Qué mayor felicidad!

Aprovechando un momento en que Jim y Jones se habían retirado al interior de la casa, Aguila Solitaria acercóse a la joven y con aire sumiso alargóle una manta de bellos colores, ofreciéndosela.

Este acto sencillo tiene una alta significación entre los indios.

Si al ofrecer el galán su mejor manta a su dama ésta se acoge a ella, ambos se consideran virtualmente unidos en matrimonio.

Desconocedora de este rito indio, Bárbara in-

terpretó como una oferta de venta el ademán de aquel indio, cuyos rasgos no le eran desconocidos.

—No, gracias; no quiero comprarla.

—Flor de la Pradera no comprende—dijo el sioux, extrañado de que se interpretase de tal forma su ofrecimiento—. No quiero que compre. Es mi regalo.

Y le tendió de nuevo la manta a la muchacha.

Pero una mano varonil le arrebató de las suyas el presente que quería hacer a la Flor de la Pradera.

Era Jim Boon, que llegaba en el preciso momento en que Bárbara iba a coger la manta, creyendo que aquel regalo se lo hacía el indio en agradecimiento de cualquier favor prestado a éste por su padre.

—¡Insolente!—clamó Jim—. ¿Cómo te atreves a ofrecer tu manta a esta mujer? Ve a ofrecerla a las hembras de tu tribu.

Bárbara, asustada del cariz que tomaba aquella escena, quiso intervenir conciliadora.

—¡Jim, por favor! No tiene importancia.

—Amiga mía, usted no sabe que cuando un indio ofrece una manta a una mujer significa que la pide en matrimonio; y eso es un insulto que no he de tolerar a este salvaje.

—La lengua del blanco es demasiado larga—replicó con altivez Aguila Solitaria, a tiempo que recogía su manta, caída a sus pies.

Jim enfurecíase por momentos.

—¿Has podido creer acaso, perro, que una mujer blanca pueda casarse contigo? Marcha de aquí y dí a tu jefe, el Aguila Solitaria, que es

un cobarde que ataca a las mujeres y huye, en cambio, de los hombres.

Este ultraje hizo enlivedecer al sioux.

Su enemigo mortal hacía mofa de él, creyéndole un guerrero cualquiera. Si estas palabras las hubiese proferido el blanco en otra ocasión hubieran sido su sentencia de muerte. Bien podía Jim, el Pálido, dar gracias a la Flor de la Pradera, que con su presencia le evitaba todo riesgo.

—Me alejo de vuestro campamento—dijo al tiempo de retirarse—; pero pronto caerás en manos de Aguila Solitaria.

Jim sonrió despectivamente ante esta amenaza.

—¿Por qué odia tanto a los indios, Jim?

Entonces, el aventurero refirióle su odisea.

* * *

Medianoche.

El siniestro zumbido de una flecha que ha penetrado por la ventana hace que los dos hombres se miren alarmados.

Sin mediar una palabra, ambos echan mano a sus revólveres y abandonan la estancia para sorprender a los que atacan.

Las flechas menudean. Un grito de Miles Sugram hace sospechar que está herido. El agresor ha debido ser uno de los indios que acudían a la factoría a comerciar con sus mercancías, a quien había reconocido el comerciante.

—¡Asesino! ¿De este modo pagas mi amistad?—han sido sus palabras al caer.

Jim se ha visto obligado a retroceder hacia la

vivienda ante la acometividad y el número de los enemigos.

Cuando acuden los servidores de la hacienda y logran dispersar a los atacantes, Miles Sugram ha desaparecido.

Bárbara había despertado al ruido de los disparos y escuchado el lamento de su padre.

Echóse fuera de la cama y corrió en busca de Jim para inquirir detalles de lo que ocurría.

—¿Qué ocurre? ¡He oído gritar a mi padre!

—Tranquilícese usted, querida Bárbara. Su padre no corre peligro alguno.

—Pero esas detonaciones...

Iba Jim a continuar mintiendo para llevar la confianza y tranquilidad al ánimo de la que amaba en secreto, cuando una flecha silbó en el aire.

—¡Indios!—exclamó, temerosa, la joven.

—Sí, indios—dijo Jim—. ¿A qué seguir mintiendo? Han venido a asesinarme a mí, pero como no han podido hacerlo se han llevado a su padre. ¡Muchachos! Es preciso estar alerta, no vaya a repetirse el ataque—agregó, dirigiéndose a varios servidores que había en la estancia.

No había terminado de hablar cuando otra flecha penetró por la ventana y fué a incrustarse en la pared, a dos dedos de la cabeza de Jones.

—¡Caray! ¡No hay derecho, señores!—exclamó éste—. Esos tipos tiran a dar. Si se descuidan un poco me clavan como a una mariposa.

Algo que blanqueaba en la rama de la flecha atrajo la atención de todos. Era un papel, que Jim se apresuró a recoger. Estaba escrito por una cara.

“Aguila Solitaria—decía—devolverá al padre

de la Flor de la Pradera, si Jim, el Pálido, toma su puesto en la hoguera."

Jim guardóse apresuradamente el papel y, dirigiéndose a Bárbara, la dijo:

—No tema; pronto volverá su padre.

—¡Mi padre! ¿Qué dice ese papel?

—Los indios piden un rescate por su padre, y eso es todo. ¡Ea, muchachos, a dormir todo el mundo, que mañana tenemos que madrugar!

Retiráronse los mozos de la hacienda.

A solas con Jim, Bárbara volvió a suplicarle le dejase el papel.

Al enterarse de su contenido, palideció.

—No puedo consentir eso. Hemos de idear otra cosa para salvarle.

—Su padre no puede hacer nada para salvarse, desgraciadamente. Yo, en cambio, conozco a los indios y puedo defenderme...—dijo Jim.

—¡Pero no irás, no irás!—exclamó ella, desolada, abrazándose a su cuello y tuteándole por primera vez—. No irás, porque yo me moriría de pena si te ocurriera algo... No irás porque yo... ¡te amo!

Jim la estrechó amorosamente entre sus brazos y sus bocas se fundieron en un beso.

—Si tú me amas—dijo él—, tengo la seguridad de poder regresar a tu lado sin que nada me ocurra.

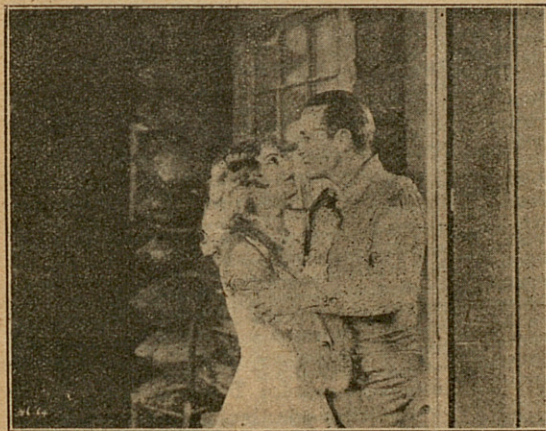
* * *

Amanecía.

Al frente de un reducido grupo de jinetes, Jim y Bárbara acercábanse al lugar en que Aguila Solitaria, con unos cuantos guerreros, esperaba para efectuar el canje de prisioneros.

Junto al jefe indio, un caballo arrastraba una especie de parihuelas, sobre las que yacía el cuerpo inanimado de Miles Sugram. Aguila Solitaria avanzó un poco y encarándose con Jim, le dijo:

—Marcha adelante, sin volver la vista atrás, y la Flor de Pradera rescatará a su padre.



—No irás porque yo... ¡te amo!

Obedeció el aventurero.

También avanzó la muchacha, para hacerse cargo de su padre. Al verle tendido e inmóvil, tuvo un horrible presentimiento.

—¿Qué le pasa a mi padre que está inerte?—preguntó al jefe indio.

—Está muerto. El Gran Espíritu se lo llevó durante la noche.

La joven exhaló un grito al conocer la fatal noticia, el cual llamó la atención de sus acompañantes, quienes avanzaron decididos al ver el engaño de que habían sido objeto; pero una nueva tropa de sioux a caballo les contuvo.

Jim, comprendiendo el peligro que se avecinaba, ordenó prudencia a sus hombres, haciendo ver que Bárbara no correría peligro a su lado, y los jinetes blancos retrocedieron.

Aguila Solitaria, sonreía satisfecho de su plan, que le proporcionaba el doble placer de tener prisioneros a Jim, el Pálido, y a la mujer de quien se había enamorado.

La tropa india se puso en movimiento, conduciendo en medio a sus prisioneros, y poco después se hallaban en el poblado sioux, en donde fueron recibidos con gran algazara por las mujeres indias y la chiquillería, que preveían un gran espectáculo en el suplicio de Jim, el odiado rival.

Sin pérdida de tiempo, fué éste atado al poste del tormento. A su lado, Bárbara, trémula de espanto, era víctima de las vejaciones de las mujeres de la tribu.

En vano Jim procuraba darle ánimo y consolarla con sus palabras.

Aguila Solitaria acercóse al poste, destilando odio su mirada, y dijo a Jim:

—¡Ahora pagarás con tu martirio las vidas que has arrebatado a los de mi raza! ¡Pronto tu cabellera adornará el palo de mi tienda y la Flor de la Pradera será mía!

Jim le miró despectivamente.

—¡Aguila Solitaria—dijo—es un cobarde, que tiene miedo a pelear conmigo por la Flor de la Pradera!

El sioux hizo caso omiso del insulto que el blanco le dirigía y avanzó hacia la joven, tratando de acariciar sus cabellos.



—¡Ahora pagarás con tu martirio las vidas que has arrebatado a los de mi raza!

Pero entonces ocurrió una cosa insólita. Bárbara esgrimía un cuchillo en su diestra, cuya punta dirigía hacia su pecho.

—¡Atrás!—le gritó al indio—. ¡Atrás o me mato!

Aguila Solitaria quedó perplejo.

—¡Prefiero arrancarme la vida a ser de un

cobarde!—exclamó la bella joven—. ¡Si me quieres, acepta el reto de Jim!

—¡Flor de la Pradera lo quiere, y esto basta!—dijo, y ordenó soltasen a Jim las ligaduras que le ataban al poste. Luego, hablóle a éste:

—¡Vamos a hacer la carrera del cuchillo, hombre pálido, y Flor de la Pradera verá quién es el cobarde!

Aguila Solitaria se retiró a escoger los dos caballos que habríanse de montar y, mientras tanto, se acercó El Lobo a Jim y vertió en sus oídos horribles palabras reveladoras.

—¡Cara pálida, ahora vas a morir a manos de otro blanco como tú por los indios que has matado! Aguila Solitaria no recuerda su origen, porque yo le he enseñado a odiar a las caras pálidas para vengar a nuestros muertos.

¡Ah, qué palabras mentirosas emitía El Lobo para torturarle! Aquello que el viejo jefe decía no podía ser verdad, mas, no obstante, un atroz presentimiento cruzó por la mente de Jim.

—Estás loco, viejo Lobo. No dices verdad, y si no, pruébame que es blanco, dime dónde lo encuentras.

La sarcástica sonrisa que animaba siempre el rostro del anciano sioux se alargó más todavía.

—Lo recogí en el valle de Bitter Roet, hace veinticinco años, cuando matamos a sus padres.

La formidable revelación le dejó anonadado. El maldecido rival, el que más sañudamente le odiaba y a quien más sañudamente él perseguía era su hermano.

Y ahora ambos se disponían a perpetrar aquel horrible fratricidio que la carrera del cuchillo significaba.

Impresas en su memoria habían quedado las frases del viejo sioux: "Aguila Solitaria no recuerda su origen, porque yo le he enseñado a odiar a los hombres pálidos para vengar nuestros muertos."

¿Cómo, pues, hacerle comprender a Aguila Solitaria la terrible verdad?

Aguila Solitaria había regresado, trayendo un caballo para Jim.

—El tiro que dispare El Lobo—advirtió Aguila Solitaria—será la señal para empezar la carrera.

El joven jefe montó en su caballo, dispuesto a partir.

Sonó el disparo convenido, pero Jim permaneció inmóvil, absorto en sus terribles meditaciones. La voz de El Lobo le sacó de su abstracción.

—¿Es que el blanco tiene miedo de pelear?

Entonces, tuvo una idea repentina, que puso en práctica al instante.

Espoleó el caballo y salió, veloz, en persecución de su adversario, que corría ya lejos del campamento.

Cuando estuvieron sus cabalgaduras a la par, Jim, sin dar tiempo a Aguila Solitaria para prevenirse, se arrojó sobre él y ambos rodaron al suelo.

Procurando esquivar las cuchilladas que le dirigía su adversario, le gritó:

—¡Por Dios, acuérdate! Tú eres Fred Boon, mi propio hermano, del que me separaron los indios. ¿No te acuerdas de nuestra casa? Eramos muchachos y jugábamos a pelear, como ahora,

cuando acudieron los indios y asesinaron a nuestros padres...

La luz iba haciéndose en el cerebro de Aguila Solitaria. ¡Oh, sí, él recordaba, muy vagamente, todo aquello que le decía Jim! Y al ver que el blanco no le agredía, cesó en sus ataques.

—Los indios te llevaron con ellos—prosiguió el aventurero—y te han hecho odiar a los de tu raza. ¡Ahora quieren que asesines a tu propio hermano, Jim Boon!

No quedaba duda. Aguila Solitaria recordaba la obstinación vehemente que ponía El Lobo en inculcarle un odio mortal a los blancos, cuando era niño, y la aguda sonrisa del viejo al ver que sus consejos obtenían el fruto apetecido. Su conciencia, adormecida tanto tiempo, despertaba en aquel trágico momento. Abrazó emocionado a su hermano y le aconsejó:

—¡Jim, haz como si pelearas y te salvaré!

Simularon luchar y Aguila Solitaria asestó unas fingidas cuchilladas sobre el corazón de Jim. Luego cargó con él, atravesándole sobre su caballo, y regresó al poblado.

Gritos de alegría acogieron por todos lados al supuesto vencedor.

—Todavía vive—declaró éste a Bárbara, que acudió al verle llegar, desesperada—, pero el padre Lobo va a torturarlo.

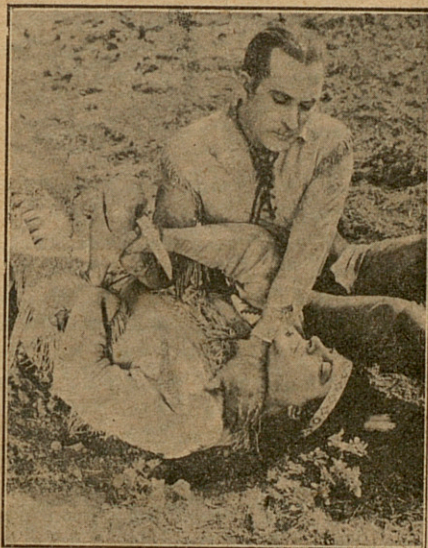
Y penetró, llevando a Jim cargado sobre sus espaldas, en la "wigwam" de El Lobo, seguido por éste y la joven enamorada.

A solas los cuatro, Aguila Solitaria habló:

—Lobo, enséñame la manera de matar al hombre que odio.

El Lobo creyó haber oído mal. Aguila Solitaria bien sabría deshacerse de su rival por su propia mano.

—Me has enseñado a odiar a mi propia raza—continuó el joven jefe—y me has convertido



Simularon luchar...

en un instrumento de tu venganza.

El gesto airado de Aguila Solitaria hizo retroceder a El Lobo.

—De todo lo que me has enseñado—prosiguió aquél—te agradezco sólo esto.

Y le dió un tremenda cuchillada al viejo sioux, que cayó sin exhalar ni un suspiro.

Bárbara, reclusa en un rincón, no vió la terrible escena que acababa de desarrollarse.

Jim concertó un plan de evasión con su hermano.

—Fred, hay que volverla ilesa a la factoría. Yo me escaparé, y mientras me persiguen, atraídos con mi cebo, ponle tú a ella a salvo.

Puestos de acuerdo, Jim escapó de la "wigham" y, montando en un caballo, salió al galope del poblado.

Al advertir su huída, los indios precipitáronse en su persecución.

Aprovecharon estos momentos de confusión Fred y Bárbara para huir a su vez a caballo, pero los indios habían descubierto el cadáver de El Lobo y comprendieron la traición de su jefe, acorralando a los fugitivos.

Fred puso, no obstante, su caballo al galope y partió, llevando a la grupa a Bárbara, arrojando a varios indios en su fuga.

Las balas silbaban a su alrededor y una de ellas hizo blanco en el pecho de Fred.

Haciendo un supremo esfuerzo, continuó a lomos del caballo, hasta ponerse en salvo.

Derrumbóse de su cabalgadura y Bárbara desmontó, dispuesta a socorrerle.

—Quisiera ver a mi hermano por última vez—suplicó el herido.

A los pocos minutos se les reunió Jim, profundamente contristado por aquella inesperada desdicha.

—Esto no es nada, Fred—trató de confortar-

le su hermano—. Pronto te pondrás bueno y vivirás con nosotros.

—¡No, no es posible engañarme; estoy herido de muerte y quizá sea mejor así! He vivido demasiado tiempo como indio para ser ahora un buen hombre blanco.

Y ante las miradas doloridas de los dos enamorados, aquel hombre, cuya vida había sido emponzoñada por un odio fratricida inculcado en él por sus enemigos de raza, expiró.

F I N

Ha sido revisado por la Censura

HOY

en las selectas Ediciones Especiales
de La Novela Semanal Cinematográfica

El pagano de Tahití

por

Renée Adorée y Ramón Novarro

Precio: 1 peseta

En breve, la magnífica novela en veinte cuadernos

**De vendedora de periódicos
a estrella de cine**

Inmejorable presentación
Portada a colores
Ilustraciones en el texto,
ameno y nutrido

**1 cuaderno semanal
los jueves**

Precio: 25 céntimos

Se admiten suscripciones

¡La mejor novela del año!

72

JOSEP CANAMERAS

E
B